

VICTORHAM

EL ASESINO DEL TAROT



Descripción de los personajes

Christ Hoffman es un detective privado que vive y tiene su despacho en St. Pauli, en el distrito Hamburg-Mitte, muy cerca de la comisaría, en el conocido barrio rojo de Hamburgo, uno de los más famosos de Europa, centro de la vida nocturna de la ciudad. Es también un barrio cultural, por donde han pasado, y pasan en la actualidad, artistas de todo tipo: cantantes, compositores y músicos.

Christ piensa que en sus investigaciones siempre hay que tener un hilo rojo del que tirar; hilo que lo lleva paso a paso a la resolución de todos sus casos. Ese hilo marca un camino lógico, una cadena que lo guía hasta el desenlace. Solo hay que colocar cada eslabón en su lugar, pues ellos forman el hilo rojo.

Tiene un hábito singular: nunca bebe cerveza; solo vino de origen español, al cual se aficionó durante los dos años que pasó completando sus estudios de español y de historia medieval. El vino que degusta es de gran calidad y siempre procura que proceda de allí, dado que le resulta difícil conseguirlo en Hamburgo.

Su forma de vestir también hace de él un tipo peculiar. En invierno suele llevar chaqueta *tweed* con coderas de piel o de ante, marrones o negras, para atenuar las manchas de vino u otras bebidas cuando descansa los codos sobre el mostrador de los bares, y chaleco, así como pantalón vaquero y camisa de cuadros o azul, según las circunstancias. —Aunque en Inglaterra, Estados Unidos y la mayoría de los países del sur de Europa no se considera una prenda formal, en el centro y norte del Viejo Continente está totalmente aceptada como prenda de vestir en ámbitos que revisten seriedad—. Completan su atuendo una corbata estrecha de punto de color oscuro, zapatos de horma americana o británica y pantalones vaqueros de línea recta. Para protegerse del frío, una trenca de lana tupida, con capucha, canesú y bolsillos al frente, que abrocha con alamares de hueso, de color beis o azul oscuro. Su indumentaria, formal a la par que deportiva, junto con su sonrisa y su correcto lenguaje lo asemejan al típico profesor británico. A todo ello hay que sumar unos ademanes pausados que invitan a la confianza.

Peter es inspector de policía (*kriminalkommissar*) e íntimo amigo de Christ Hoffman, con el que trabaja. A diferencia del detective, emplea el método tradicional del cuerpo: investigar y seguir pistas. Por eso, los dos se complementan a la perfección. Supervisando su trabajo se encuentra el comisario jefe (*kriminalhauptkommissar*), con el que siempre tienen desavenencias.

El resto de personajes los irás descubriendo conforme avance la novela, con perspicacia y curiosidad. Aparecerán secuencialmente al tiempo que las situaciones que se presentan en la obra y ayudarán al protagonista a descubrir al asesino del tarot.

Plan de trabajo

La presente obra recoge diez casos reales del detective Christ Hoffman que él me narró durante algunas mañanas, tardes y noches en dos lugares emblemáticos para mí: el bar Maybach y el Strauss, ambos próximos a mi domicilio en el barrio hamburgués de Eimsbüttel. De ahí que los publique con el seudónimo de Víctor Ham.

Hasta la fecha he escrito los cinco primeros, que llevan por título *Conspiración criminal en Hamburgo*, *El asesino del tarot*, *La ira de Dios*, *La banda de los payasos asesinos* y *El poeta asesino*. En la actualidad estoy inmerso en la escritura de la sexta obra, *El triángulo de Pitágoras*.

Conspiración criminal en Hamburgo se inicia con la muerte de un profesor español a plena luz del día, ante el asombro de los pasajeros, en la estación de ferrocarril de Hamburgo. Se trata de un caso que desconcierta a la policía. Chris Hoffman, el detective, es contratado por un empresario alemán para que averigüe lo sucedido. El profesor es su amigo. La trama se desarrolla en Madrid y Hamburgo; en esta última ciudad tiene lugar una serie de misteriosos asesinatos que obligarán a Christ Hoffman a trabajar duro para resolverlos y llegar hasta el final.

El libro *El asesino del tarot* comienza en Palma de Mallorca, donde nuestro detective se encuentra de vacaciones. Allí conoce a una bella mujer. A su regreso a Hamburgo se hace cargo de la investigación de un asesinato en el centro de la ciudad. La víctima es un hombre que ha sido degollado. Localizan el cuerpo en el interior de un coche junto con una carta del tarot. A este le siguen otros más, siempre acompañados de cartas del tarot, que el asesino deposita sobre los cuerpos. Con la historia principal se entremezclan varios delitos, presumiblemente económicos. Al final, la obra termina con la captura del asesino en un desenlace que resulta trágico.

La ira de Dios transcurre entre las ciudades de Hamburgo, sobre todo el barrio Bergedorf, Madrid y Sevilla. La figura central es la mujer de un párroco. El libro arranca con una sucesión de delitos en los que a las víctimas les faltan algunas partes del cuerpo: testículos, brazos, lengua, ojos... Todo forma parte de un plan ligado a pasajes de la Biblia. Gracias a la labor del comisario de la Policía Criminal de Hamburgo y el trabajo concienzudo e intelectual del detective privado, se consigue desenmascarar al criminal y detenerlo.

El asesinato de un miembro de una familia de emigrantes españoles es el punto de partida de *La banda de los payasos asesinos*. El suceso que marca a esta familia, procedente del pequeño municipio de Santibáñez de la Sierra, en la provincia de Salamanca, ocurre durante un atraco perpetrado en Hamburgo por un grupo de delincuentes disfrazados de payasos. El detective Christ Hoffman, contratado por el hermano de la víctima, en colaboración con el *kriminalkommissar* Peter, tras una serie de vicisitudes, consigue desenmascarar al jefe de esta banda criminal tirando del hilo rojo. Para ello, aplica el test de seguimiento elaborado por la *kriminalpolizistin* Marianne Schiller, que le permite presentar como prueba ineludible una Walther PPK de 9 mm con la

huella y la identificación de los proyectiles. La captura de todos los miembros de la banda es inmediata. La trama transcurre por diversas ciudades de España y Alemania.

Tras un primer incendio de un chalé de clase alta en Blankenese, barrio donde residen las élites hamburguesas, se suceden otros en Berlín, Madrid y la propia Hamburgo que dejan como único rastro varios muertos y una serie de poemas. Este es el tema del libro *El poeta pirómano*. En los sucesos se ven implicados autores y editores de diversos sellos literarios. El detective Christ Hoffman, con la colaboración de Peter, recién designado *kriminalhauptkommissar*, y de otros miembros que se incorporan a la investigación, descubre algunas de las miserias que se ocultan en el mundo editorial.

El triángulo de Pitágoras es la última historia, razón por la cual todavía no puedo revelar más información sobre la obra. Aunque solo tengo los primeros datos del relato que me cuenta con paciencia Christ Hoffman, la trama promete ser muy interesante.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Después de haber trabajado durante un año sin descanso en el caso Conspiración Criminal, Christ Hoffman ha decidido tomarse unas pequeñas vacaciones. El destino elegido: el *land* número 17 de Alemania; así es como llaman los alemanes a Mallorca.

Así que, con un pequeño equipaje, se dirigió al aeropuerto de Hamburgo y embarcó a la hora indicada. Poco después llegó a Palma de Mallorca, donde le tocó esperar el barco que lo llevaría a Ibiza. Allí lo esperaban unos días de sol y playa. En su mente solo tenía un objetivo: disfrutar de su merecido descanso. Se lo había ganado después del último caso, que lo había llevado de Hamburgo a Berlín y Madrid.

En cuanto desembarcó oyó la voz en alemán de una mujer que estaba gritando «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Mi bolso! ¡Mi bolso!». Se giró justo en el instante en el que el joven corría hacia él con el bulto en la mano. Enseguida se dio cuenta de la situación y le puso la zancadilla para interrumpir la carrera. Segundos después, el ladrón caía estrepitosamente al suelo con el bolso todavía en la mano.

Con rapidez, Christ se acercó a él al tiempo que le ponía el pie en el cuello. A continuación, lo sujetó por el brazo para inmovilizarlo.

—Como te muevas, te lo rompo y después te parto el cuello —exclamó.

El ladrón comenzó a golpear el suelo con el otro brazo. Su rostro reflejaba dolor. Casi de inmediato, soltó el bolso mientras se le escapaban algunas lágrimas.

—Por favor —gritaba—, déjeme, que me va a partir el brazo.

—Calla, desgraciado —contestó el detective—; por poco matas a esa mujer cuando le has arrebatado el bolso. No te muevas y estate quieto.

En ese instante llegó corriendo la mujer.

—Gracias, gracias —soltó casi sin resuello. Hablaba en alemán. Después añadió—: Mi dinero, mi dinero, mi pasaporte.

Justo detrás de ella aparecieron dos policías con uniforme verde. Se identificaron como miembros de la Guardia Civil. Christ comprobó que no habían terminado de desenfundar las pistolas. Los agentes esposaron al ladrón y recogieron el bolso del suelo para entregárselo a ella. Pero esta solo se expresaba en alemán.

—Gracias, gracias.

Entonces Christ decidió intervenir y le explicó a los guardias civiles lo ocurrido y su actuación.

—Pues no debería haber actuado así —respondieron—, porque estos pequeños ladrones pueden ser muy peligrosos. —Y le mostraron una navaja que habían encontrado al registrar al sujeto.

—No se preocupe, señor. Estoy acostumbrado a esta situación, demasiado frecuente en mi caso. Desgraciadamente, tengo que hacerlo de vez en cuando.

—¿Es usted policía? —interrogó uno de los agentes.

—Lo he sido, pero ahora trabajo como detective privado. Estoy en Ibiza como un turista más para pasar unos días de vacaciones, tomar el sol y bañarme —aclaró Christ.

—Pues si usted es tan amable, podría ser el intérprete de esta señora en la comisaría. Debe acompañarnos para que ponga la denuncia correspondiente.

—Servirá para poco —explicó el otro compañero—, porque tendremos que ponerlo en libertad, tal y como marca la ley, hasta ulteriores diligencias.

La turista acudió rápidamente. Agarraba el bolso con fuerza y arrastraba una maleta de grandes dimensiones. Christ continuaba hablando de manera animada con los guardias civiles. Ella se acercó mostrando una amplia sonrisa y les dio las gracias otra vez, sobre todo a Christ.

—Señora, ahora tiene que ir usted al cuartelillo de la Guardia Civil, aquí en el aeropuerto, para presentar la denuncia. Yo haré de intérprete —informó Christ.

Una vez realizados los trámites reglamentarios, salieron juntos del cuartel y se encaminaron a sus respectivos hoteles. Antes de despedirse quedaron en verse en la playa.

Christ pasó el tiempo completamente relajado, tumbado en la orilla del mar, disfrutando del clima y del sol, de la gastronomía del lugar y probando sus vinos. Remataba el día visitando los lugares más emblemáticos, leyendo periódicos, tanto locales como nacionales, y dando paseos nocturnos para disfrutar de los encantos de la isla antes de irse a la cama.

Al tercer día lo chistaron de lejos, cuando paseaba por la playa. Sorprendido, volvió la cabeza. Entonces se quedó impresionado: una mujer lo llamaba. «¿Qué mujer?», se dijo. Ella se acercó rápidamente. En ese momento la identificó. Era la chica a la que le habían robado el bolso. Esta le dio de nuevo las gracias, esta vez

de forma efusiva, y le preguntó cómo podría agradecerle lo que había hecho por ella.

Christ se quedó completamente encantado. «Qué mujer», repitió en su mente. Era muy guapa, con una sonrisa encantadora, amigable, que invitaba a la charla. Después la observó con detenimiento, sin ninguna insolencia, pero con curiosidad. Y prestó atención a sus curvas mientras repasaba la forma de su cuerpo. «No puedo mirarla así. Me gusta demasiado y no quiero despertar ninguna incomodidad ni parecer grosero», pensó. Así que adoptó una postura modesta. Entonces ella le preguntó si tenía algún plan para esa noche. Cuando el detective respondió que no, la mujer lo invitó a cenar.

En un primer momento Christ intentó eludir la cita, pues estaba confuso. Pero después añadió que había viajado solo y agradeció la invitación. Ella quiso saber dónde se alojaba.

—¡Todo arreglado! A las ocho y media paso a recogerte por tu hotel para ir a cenar. Está decidido —expresó con la determinación propia de una persona acostumbrada a mandar.

Christ se despidió confirmando la hora.

—No lo olvides. Yo soy siempre muy puntual.

A la hora indicada la vio sentada en un sillón de la recepción del hotel, primorosamente vestida. Su cara era preciosa. Se había maquillado con sencillez, con apenas un toque en los ojos que iluminaba su mirada. A ello se le sumaba un cabello dorado con pequeños rizos que le llegaban hasta los hombros y realzaba su belleza; le daba un aspecto de valquiria. Su cuerpo se parecía al de la sirena de Copenhague, o eso le pareció a él, enfundado en un traje sedoso que se le pegaba al cuerpo y ponía de relieve sus formas. Se quedó embelesado desde el primer instante. «¿Cuánto tiempo llevo sin una relación estable? —se preguntó—. Esto hay que arreglarlo, pero dejemos que el tiempo corra».

Su acompañante se dirigió a él con una amplia sonrisa. Luego le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber ella—. Todavía no me lo has dicho, con todo el lío...

—Mi nombre es Christofer Hoffmann. Pero, por favor, llámame Christ. Es como me llaman mis amigos.

—Bueno, Christ, ¿a dónde vamos?

—Si te parece, conozco un lugar cerca de aquí donde sirven un magnífico pastís como aperitivo. A mí me encanta para abrir el apetito. ¿Te gusta el anís, Esther? Ponen una música suave para amenizar la noche y permitir la charla.

—De acuerdo, Christ. No lo he probado nunca, pero si tú dices que es bueno y agradable de sabor, lo tomaré —contestó con firmeza.

Ya en el local, la conversación fue tranquila.

—Es un anís típico de Marsella. Otros países también producen anises. Tienes el arak persa, la cazalla y el chinchón en España, el ouzo griego y el raki turco. Estos últimos quizá los conozcas por la población griega y turca de Hamburgo.

—No los conozco, pero este que estoy probando es muy agradable y fortificante. Me encanta saborear algo nuevo. ¡Gracias, Christ!

—Como ves, cuando lo bebes, se te alegra el cuerpo. A mí me encanta desde que lo probé en Marsella; es una bebida que cuando es buena, se puede paladear y degustar mientras se mantiene una conversación. Además, abre el apetito como preámbulo para una buena cena.

Sentados en el lugar, brindaron con el pastís, chocaron las copas y hablaron de cosas sin trascendencia. Ambos se encontraban muy a gusto, mecidos por la suave brisa de la noche, que atenúa la temperatura.

El local era una antigua casa ibicenca impregnada de blanco por la cal que cubría sus muros. Por las paredes trepaban ramas entrelazadas de hojas verdes que se retorcían sobre sí mismas. Las buganvillas formaban un festival de colores con el que adornaban porches y paredes, con sus rojos, malvas, amarillos y carmesís. Fuera del local también podían verse los campos llenos de flores que pintaban la isla de amarillo, rojo, violeta, verde, rosa y naranja. Olía a romero, a jara, a espliego y a hinojo silvestre. Esta mezcla de colores y olores la experimentaban Esther y Christ durante sus paseos por la isla mientras disfrutaban de su belleza.

A esta primera cita le siguió varias más. De este modo, visitaron en bicicleta calas y playas paradisíacas como Cala d'en Serra y Sa Caleta y se regocijaron con el paisaje y sus aguas.

Ella pensaba que era un hombre guapo, con una sonrisa cautivadora. En otras palabras, «estaba para comérselo». Parecía una persona tranquila y transmitía confianza.

Un día, tras terminar la copa, una vez que él hubo pagado la consumición, ella se levantó y le dijo:

—Tengo una mesa reservada en un lugar típico en la zona vieja de Ibiza. He estado allí y he revisado la carta. Creo que te va a gustar. Tiene una buena selección de vinos para poder elegir.

—Esther, eso me encantaría —respondió Christ—. Para mí es una liberación no tener que hacer siempre de hombre. Resulta muy agradable estar con alguien que tenga iniciativa, que te muestre sitios, sea cual sea el resultado.

Ella sonrió, mostrando unos dientes muy blancos, al tiempo que hacía un mohín de complacencia. Entonces comprobó que él no preguntaba nada sobre el restaurante y se dejaba llevar con toda tranquilidad. Después de un pequeño paseo, hablando de la excelencia del lugar, se sentaron y pidieron la cena y el vino.

Todo fue placentero. No hablaron en ningún momento de sí mismos ni de política. Tampoco de cuando él estuvo en la Policía

o del trabajo de ella. Solo de lugares que conocían, de playas, restaurantes, música... de situaciones alegres. Sobre todo, porque él no soltó frases del tipo «soy el mejor», «soy el más inteligente», «los demás me envidian». Todo eso que hacen los hombres para impresionar y que normalmente los vuelve insoportables, pues consigue romper cualquier clima de bienestar. Christ estaba cautivado mirándola, cosa que la turbaba.

Empezaron la cena degustando los platos típicos de la carta. Pidieron el *sofrit pagès* de cordero, arroz de matanzas de cerdo, sobrasada ibicenca, butifarra y platos de pescado como la *borrida de raya* y la *tonyina a l'eivissenca*. De postre, *flaó*, que era una tarta de quesos típica de la isla, acompañada de vinos locales y su bebida estrella: Hierbas Ibicencas.

Después de tener embriagado el paladar, disfrutaron con la charla y la placidez de la noche, con el aroma de las flores, que les produjo una sensación de ensoñación. Caminaron hasta llegar a una pequeña terraza, donde remataron la velada con unas copas de brandi. «Esther —pensó—, con este hombre merece la pena emborracharse. ¡Qué guapo es!».

Continuaron paseando, dejándose llevar por la conversación que mantenían. Era evidente la buena sintonía que había entre ellos. Poco después llegaron al hotel de Esther, donde se despidieron. Quedaron en llamarse o verse en la playa para repetir otra noche como la que habían pasado.

—Mañana la obligación me reclama en Hamburgo —le comentó ella cinco días después—. ¡Hay que trabajar! Me llevo de Ibiza la piel morena para el invierno y las baterías cargadas para aguantar a los hombres de mi empresa. Pero lo mejor es el regalo que me has hecho con tu compañía, las charlas y el tiempo que hemos pasado juntos.

Cuando llegaron a la altura del hotel de Christ, este preguntó:

—Esther, ¿quieres tomar una copa arriba? He comprado una botella de brandi español muy bueno. Seguro que te gusta.

—¡Oh, Christ! Creí que no me lo ibas a proponer. Pero no me gustan las habitaciones de los hoteles. Tampoco quiero ir a tu casa cuando estemos allí o que vayamos a mi casa. Me encantaría pasar la noche contigo, pero, para que eso ocurra, tienes que inventar otra cosa. En Hamburgo no me llames; seré yo quien lo haga, si eso no te molesta. —Después de darle un beso en la mejilla, ella le dijo—: No me acompañes al hotel; quiero ir yo sola.

Christ le respondió con otro beso y se quedó mientras la veía alejarse. «Es la mujer perfecta. Tengo que encontrar el hilo rojo para llegar hasta ella», pesó. Cuando entró en el hotel, se sentó en el bar, pidió un brandi y dejó pasar el tiempo sin pensar en nada. Luego subió a su habitación, se dio una ducha y se fue a la cama.

Capítulo 2

Ya en su casa, y después de unos días, Christ se puso a reflexionar sobre su vivienda y la falta de noticias de Esther. Contuvo las ganas de llamarla. «Mejor no lo hago —no fuera a estropear las cosas—; lo mejor será que ella traiga la madeja. Yo buscaré el hilo rojo», caviló. No iba a abandonar su estilo de vida por que le gustara esa mujer.

En cuanto a la vivienda, como tenía dinero suficiente en el banco, pensó que había llegado el momento de cambiar un poco la decoración y jubilar algunos de los muebles de IKEA para colocar otros más clásicos que le dieran cierto empaque al piso. Combinaría lo antiguo con lo moderno, pintaría las paredes de un blanco luminoso y colgaría algún cuadro modernista. Estos elementos podrían definir un poco más mi personalidad, en consonancia con los días vividos en Ibiza. Eso le gustará más a ella.

Poco después, Christ volvió a su rutina y reanudó los encuentros con Peter en el mismo café de siempre, donde quedaban para desayunar. Y mantuvieron la misma charla y el desenfado de los comentarios que intercambiaban, a los que se sumaban las ocurrencias de Mesut, el dueño del bar.

—Ya veo, Christ. Vuelves morenito y con mucho color —le dijo Peter—. No hay nada como visitar tierras más calientes y dejarse envolver por sus noches cálidas y la belleza de sus mujeres.

»¡Seguro! Has conocido a alguna mujer. Te lo veo en la cara. Estás todo relajado con una sonrisa que no sueles mostrar a menudo. ¡Cuenta! ¡Cuenta, Christ!

—No digas tonterías, Peter. Tan solo han sido unos días de descanso después del último trabajo, que se resolvió él solo. Nosotros únicamente fuimos espectadores, aunque tu jefe se haya apuntado un montón de medallas en el pecho. Dile que cuando se ponga el uniforme, la gente se va a creer que son chapas de Coca-Cola.

—Ni de broma, Christ. Me ha ascendido a comisario y eso se lo tengo que agradecer a él. Por primera vez trabajo de forma independiente y tengo un subordinado al que ordenarle que me redacte los informes. Lo mejor de todo es la subida del sueldo. Me he convertido en un hombre serio dentro de la comisaría. De vez en cuando voy al cuarto de baño y me miro en el espejo para saber si soy yo. Entonces estallo en carcajadas observando mi imagen.

—Peter, así no me sirves. Yo quería darte un puesto de trabajo en mi empresa porque había visto algo en ti. Pero ese jefe está cumpliendo su venganza, y como no pudo conmigo, se venga transformándote en un pelota.

—Yo ya he terminado de tomarme el café. Tengo muchas cosas que hacer hoy y como tú eres un hombre rico, ¡pagas el desayuno! Si lo llego a saber antes, me habría tomado un bocadillo y un jugo de naranja.

—Nos vemos la semana que viene, a ver si reflexionas y te rebelas contra tu jefe. Salúdalo de mi parte, Peter.

—Eso ni por asomo, Christ, ¿o quieres que me vuelva a hacer la puñeta?

Mientras Peter se alejaba, recordó el tiempo que llevaban juntos, su relación y el respeto que se profesaban. Lo que más le gustaba era que no tenían que hablar para que existiese buena sintonía entre ellos, pese a que la vida de los dos fuese tan dispar. Él era libre y Peter estaba ligado a su trabajo y tenía una obligación. Sentía cada palabra suya como un consejo, sin que ese hubiese sido la finalidad; casi igual que las tarugadas de Mesut. Ello hacía placentero el desayuno. Los dos le permitían continuar con su estilo de vida. Además, su amistad y las palabras que compartían en el café rompían su rutina y le hacían razonar sobre la vida y los casos que llevaban juntos o separados, sobre todo cuando Peter y Mesut despertaban pensamientos e ideas ocultas que le facilitaban el camino para encontrar la verdad.

Capítulo 3

La vida continuaba sin ningún sobresalto. Deseaba que Esther lo llamara, pero pasaban los días y no daba señales de vida. La situación le llenaba de zozobra porque lo suyo era la acción, elaborar planes y ponerlos en marcha para resolver situaciones. Lo mejor era tener paciencia y dejar que ella tomase la iniciativa. No le quedaba otra que esperar su llamada.

A la mañana siguiente, cuando acudió a desayunar, el dueño lo llevó a un rincón apartado del local para hablar con él.

—Christ, tengo un problema. Sobre las cuatro de la mañana han entrado en el café para robar. Estoy preocupado, no tanto por los seiscientos euros que se han llevado y las botellas robadas, sino por los destrozos que han causado en la puerta y en el resto del bar.

—¿Qué quieres que haga, Mesut?

—Christ, tú conoces aquí a todo el mundo. Los vecinos te respetan. Ya sabes que si no hay paz entre los del barrio, no es posible la convivencia y que prosperen los negocios. Si los sucesos continuasen, peligraría la seguridad de los clientes y entonces esto sería el caos. El barrio y los locales se volverían inseguros y se acabaría la alegría porque los vecinos no se sentirían seguros llevando dinero

en los bolsillos. Eso por no decir que desaparecería el encanto de nuestras calles.

—¿A cuánto dinero crees que ascienden los daños producidos en el local y las bebidas? Para que yo tenga un punto de partida.

—En un primer momento, calculo que las pérdidas han sido de unos tres mil euros, pero lo que más me indigna son los destrozos provocados en el ordenador, la máquina registradora y el mobiliario, sin beneficio para nadie.

—De acuerdo, Mesut. Déjame unos días para tomar el pulso e indagar por ahí. Te prometo que el final será de tu agrado. Ya sabes que los de aquí siempre nos entendemos y lo arreglamos todo entre nosotros. Ahora, por favor, sírreme lo de siempre, a ver si pongo en marcha mis neuronas.

En ese momento llegó Peter. En su cara llevaba dibujada la misma sonrisa de siempre.

—¿Qué te pasa, Christ? —preguntó al ver su semblante preocupado—. Estás serio y meditabundo.

Christ le refirió lo ocurrido y le explicó de forma pormenorizada los hechos y el perjuicio originado.

—Si quieres, le pido a Mesut que me acompañe a la comisaría cuando terminemos para que ponga la denuncia —respondió el comisario—. Yo ejerceré mi influencia para cazar al culpable.

Así es como siempre reaccionaba Peter. Era su forma cabal de arreglar las cosas: la norma y la línea directa. Pensar la solución lógica y ponerla en marcha sin prisas. Simplificación y solución. Por esta razón no entendía a las mujeres y por eso no se había casado. Alguna vez había expresado su idea al respecto: la mujer no tiene lógica. Por este motivo presumía de soltería. Era todo lo contrario que Christ. Para el detective, no había nada más hermoso que la falta de lógica razonada de la mujer. Eso le llena la vida de alegría y hace a la mujer diferente y más inteligente que el hombre.

—Peter, eso no resolverá el caso ni reparará el daño causado. Hay que hacer algo diferente, que sirva de aviso a navegantes. Porque la seguridad del barrio y de los negocios es la seguridad de la gente también. El respeto entre vecinos y comerciantes, y entre aquellos que pululan por sus calles, es lo que aporta tranquilidad y encanto al barrio. Ellos son los propios responsables de la seguridad del lugar, dentro de unos parámetros razonables, y con la complicidad de la policía.

—Tú conoces mejor que yo el lugar, pero mi oferta sigue en pie. Ya me dirás lo que tengo que hacer cuando lo creas oportuno —comentó—. Yo seguiré tu intuición.

—Ahora, Peter, cuéntame cómo te va en tu nuevo puesto. ¿Te está machacando mucho el jefe? ¿Cómo sigue su carácter?

—¡Qué va, Christ! Estamos en un momento tranquilo, llevando a cabo tareas de rutina. Todos son asuntos banales que se van solventando sin esfuerzo alguno. En la mayoría de los casos, informes que cumplimentar y papeleo.

»Él está totalmente distraído en la comisaría. Solo se preocupa por saber qué saca por el último caso, el de *herr* Thoma, cuyo mérito se ha atribuido arropado por los pelotas de siempre. Cree que somos unos desarrapados y que sin él la casa no marcha. Al igual que las mujeres.

—Entonces ya te has convencido: es un trepa sin orgullo ni capacidad para moverse solo sin un buen equipo que le saque las castañas del fuego.

—No seas tan malo, Christ. Es un buen hombre, pero con inteligencia limitada. No ve más allá de sus narices, aunque tiene buena voluntad y es listo. Por eso su ego lo incita a escalar puestos. Sin embargo, yo creo que la culpa la tiene su mujer, aunque él no lo sabe.

—Bueno, dejemos el tema y pasemos a otras cosas, que en la vida hay más asuntos. Nos vemos en los próximos días. Ya te contaré mis gestiones en el caso de Mesut.

Minutos después, cuando iba caminando por la calle principal del barrio de St. Pauli, sonó su móvil. Al ver quién llamaba, se quedó gratamente sorprendido. Era Esther.

—Hola, Christ. Estas dos últimas semanas he tenido demasiado trabajo y debía resolver varios asuntos. Aun así, he pensado en ti y en lo bien que lo pasamos en Ibiza. Tengo libre el sábado. ¿Qué te parece si paso a recogerte, nos tomamos una copa y cenamos?

—Encantado, Esther. Yo estoy prácticamente parado. Estoy trabajando solo en un pequeño caso y no creo que me dé mucho trabajo. Trato de buscar una solución salomónica que no provoque nuevas heridas.

—Bueno, dime dónde podemos quedar y la hora para que pueda planificarme. —Cuando ella hubo apuntado la dirección, prosiguió—: Como es tu barrio, busca un buen restaurante para después de la copa.

»Quiero aprovechar que todavía conservo parte del moreno que me traje de Ibiza —coqueteó de forma alegre y con muy buen humor.

—A ti no te hace falta el sol; el brillo lo llevas ya en tu cuerpo —añadió Christ—. No te preocupes por el restaurante. Pensaré en alguno que vaya con tus gustos. Si me equivoco, espero que sepas perdonarme.

—Christ, déjate de lisonjas. Voy a seguir trabajando para que nada pueda torcer nuestra cita. Tengo muchas ganas de verte y conversar contigo.